

“Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra y encontrarse con una revolución! Me vuelvo lúgubre.

“¡Oh! ¡espantoso mundo viejo! ¡Donde todo se anima, todo se desvirtúa, todo se prostituye, todo se mata, y á todo se acostumbra!”

Y Grantaire, después de este acceso de elocuencia, tuvo otro de tos bien merecido.

—A propósito de revolución,—dijo Joly,— parece que Mario está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién?—preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—Te digo que no.

—¡Los amores de Mario!—exclamó Grantaire.—Los veo desde aquí. Mario es una niebla, y habrá encontrado un vapor. Es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. “Thymbraeus Apollo.” Mario y su María, ó su Marieta, ó su Mariquita, ó su Mariana, deben ser unos amantes muy graciosos. Me explico perfectamente lo que ello ha de ser. Extasis en que se olvidan los besos. Castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito. Son almas con sentidos. Duermen juntos entre las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo personaje en la abertura cuadrada de la escalera.

Era un muchacho de menos de diez años, harapiento, muy pequeño, descolorido, de boca grande y ojos vivos, enormemente cabelludo, calado por la lluvia, y alegre.

El muchacho, eligiendo sin vacilar entre los tres, aunque evidentemente no conocía á ninguno, dirigióse á Laigle de Meaux.

—¿Sois vos el señor Bossuet?—le preguntó.

—Ese es mi nombre,—respondió Laigle.—¿Qué me quieres?

—Esto. Uno muy rubio me ha dicho en el boulevard: “¿Conoces á la tía Hucheloup?” Y yo le he dicho: “Sí, en la calle de Chanvrière, la viuda del viejo”. Y me ha dicho: “Pues ya estás andando; allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte A. B. C.” Es una burla que os hace, verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos,—dijo Laigle.

Y volviéndose hácia Grantaire:

—Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual sumó hasta veinte sueldos, que Laigle dió al muchacho.

—Gracias, señor,—dijo éste.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros,—dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros,—añadió Grantaire.

El muchacho respondió:

—No puedo; soy de la comitiva fúnebre; soy de los que van gritando: ¡Abajo Polignac!

Y alargando el pié cuanto pudo por detrás de sí, que es el más respetuoso de los saludos, se fué.

Cuando hubo desaparecido el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro. Hay muchas variedades en el género. El pilluelo escribano se llama salta arroyos; el pilluelo cocinero se llama marmitón; el pilluelo panadero se llama mitrón; el pilluelo criado se llama groom; el pilluelo marino se llama murgu; el pilluelo soldado se llama gazapón; el pilluelo pintor se llama rapaz; el pilluelo comerciante se llama trotón; el pilluelo cortesano se llama menino; el pilluelo rey se llama delfín; el pilluelo dios se llama Cupido.



Entre tanto, Laigle estaba meditando, y dijo á media voz:

—A. B. C., es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio,—dijo Grantaire,—es Enjolrás que te manda avisar.

—¿Iremos?—dijo Bossuet.

—Llueve,—respondió Joly,—y yo he jurado ir al fuego, y no al agua. No quiero resfriarme.

—Yo me quedo aquí,—dijo Grantaire; prefiero un almuerzo á un entierro.

—Conclusión: nos quedamos,—repuso Laigle.—Pues entonces bebamos. Puede faltarse al entierro sin por eso faltar al motín.

—¡Eh! Al motín no faltaré yo,—exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Se va, pues, á repasar la revolución de 1830. Lo cierto es que molestan al pueblo sus costuras.

—Nada me importa vuestra revolución,—dijo Grantaire.—Yo no execro al gobierno que nos rige; es la corona atemperada por el gorro de algodón; es un cetro acabando en paraguas. Pienso en ella hoy por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo para dos fines; dirigir el extremo cetro contra el pueblo, y abrir el extremo paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura; grandes nubes habían acabado de suprimir el día. No había nadie en el figón, ni en la calle; todo el mundo se había ido á ver “los sucesos”.

—¿Es medio día, ó media noche?—preguntó Bossuet.—No veo gota. ¡Gibelotte, una luz!

Grantaire, cariacontecido, seguía bebiendo.

—Enjolás me desdeña,—murmuró,—Enjolás ha dicho:—“Joly está malo. Grantaire borracho;” y ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si hubiera venido á llamarme á mí, le habría seguido. ¡Tantó peor para Enjolás! No iré á su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron del figón.

A eso de las dos de la tarde, la mesa á que estaban sentados se veía cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en una palmatoria de cobre perfectamente verde, y la otra en el cuello de una botella rota.

Grantaire había arrastrado á Joly y á Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho renacer la alegría en Grantaire.

En cuanto á éste, desde las doce había pasado más allá del vino, triste origen de ensueños.

El vino para los borrachos serios sólo alcanza muy mediano aprecio.

En materia de embriaguez, hay la magia blanca y hay la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños.

Las tinieblas de una embriaguez terrible entreabierta ante él, lejos de detenerle le atraían.

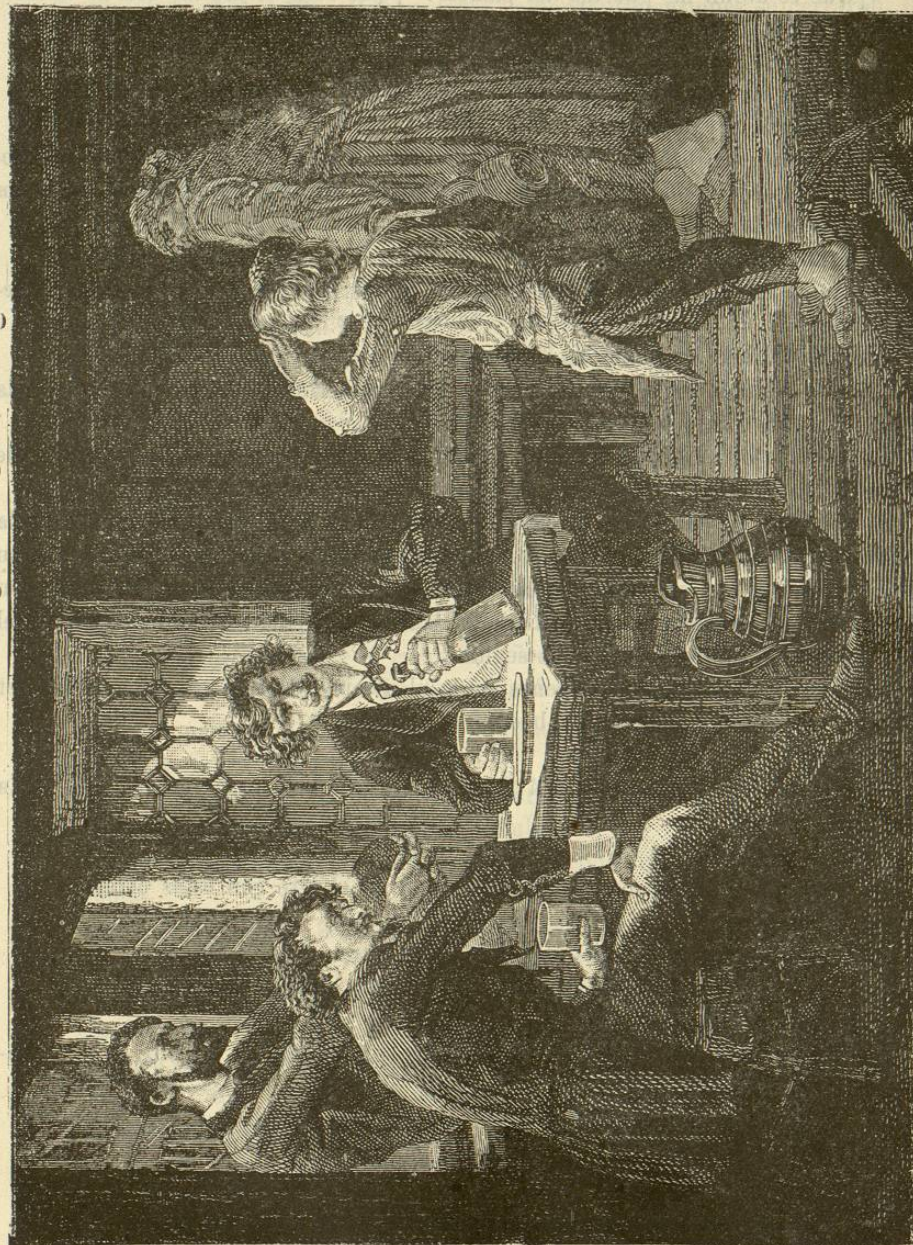
Había dejado las botellas y acudido á la ponchera. La ponchera es el abismo. No teniendo á mano ni ópío, ni haschís, y queriendo llenarse el cerebro de crepúsculo, había recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza fuerte y de ajeno, que produce letargos tan terribles.

De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajeno, se hace el plomo del alma. Son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, se forman tres furias mudas, la pesadilla, la noche y la muerte, revoloteando sobre Psiquis adormecida.

Grantaire no estaba todavía en esa fase lúgubre; lejos de eso. Estaba prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le hacían la contra.

Todos brindaban chocando los vasos; bebían y volvían á brindar con estrépito.

Grantaire añadía á la pronunciación excéntrica de las palabras y de las ideas la divagación del gesto; apoyaba con dignidad el puño izquierdo sobre la rodilla,



La taberna de Corinto.

doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, á caballo de un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía á la criada gruesa Matelote estas palabras solemnes:

—¡Que se abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia, y tenga yo el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviendo hacia la tía Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple!

Joly gritaba ó exclamaba:

—Bartelote y Gibelotte, no déis más vino á Grantaire: se etsá comiendo locamente el dinero; desde esta mañana ha devorado en prodigalidades sin seso dos francos y ochenta y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, aunque muy bebido, había conservado su calma habitual.

Habíase sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espelda mientras contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto de pasos precipitados, y gritos de “¡á las armas!”

Se volvió, y descubrió en la calle de San Dionisio, al cabo de la calle de la Chanvrerie, á Enjolrás que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con su pistola, á Feuilly con su sable, á Courfeyrac con su espada, á Juan Provoire con su mosquete, á Combeferre con su fusil, á Bahorel con su fusil también, y todo el grupo armado y tumultuoso que le seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus dos manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh, eh!

Courfeyrac oyó las voces, vió á Bossuet, dió algunos pasos en la calle de la Chanvrerie, y dijo:

—¿Qué quieres?

Palabras que se cruzaron al mismo tiempo en el aire con estas otras.

—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada,—respondió Courfeyrac.

—¡Pues bien, aquí! Este sitio es á propósito; levántala aquí.

—Es verdad, Aguila,—dijo Courfeyrac.

Y á una señal de Courfeyrac, toda la turba se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

III

La noche empieza á dominar sobre Grantaire.

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado; la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho y á modo de callejón sin salida; Corinto formando allí una angostura; la calle Mondetour, fácil de atrancar á derecha é izquierda; no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierta.

Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

A la irrupción del grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado.

Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería.

El bodegón únicamente permanecía abierto, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado á recibir á Courfeyrac.

Joly se había asomado á la ventana y gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no has tomado un paraguas? Te vas á resfriar.

Entre tanto, en pocos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada del figón, y desempedradas diez toesas de la calle.

Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cal, llamado Anceau; este carro contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados bajo montones de adoquines.

Enjolrás había levantado la trampa de la cueva, y todos los barriles vacíos de la tía Hucheloup habían ido á flanquear los de cal.

Feuilly, con sus dedos acostumbrados á iluminar delicados países de abanico, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de pedruscos; pedruscos improvisados como todo lo demás, y cogidos sin saber dónde.

Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y cruzado á lo largo sobre los barriles.

Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre.

No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habían mezclado con los trabajadores; Gibelotte iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y servía adoquines como hubiera servido vino, adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle.

Bossuet salió por cima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano “á las señoras”, despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus,—dijo,—no pasan por delante de Corinto. “Non licet omnibus adire Corinthum”.

Un instante después los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle Mondetour, y el ómnibus volcado completaba la barricada.

La señora Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía los ojos vagos, y miraba sin ver, exclamándose por lo bajo; sus gritos de espanto no se atrevían á salir de su garganta.

—Este es el fin del mundo,—murmuraba.